



A. E. Van Vogt

**EXODO
ESTELAR**

Se envía una astronave gigantesca, THE HOPE OF MAN (La Esperanza del Hombre), hacia la constelación de Centauro, en busca de un nuevo planeta donde establecerse, lejos de la Tierra, pues se teme que desaparezca, por una catástrofe cósmica del Sol. La astronave es un pequeño mundo, regido por leyes férreas establecidas a su partida, que siguen inculcándose a sus ocupantes.

Se producen rebeliones de los jóvenes que van naciendo a bordo, en el espacio, para quienes las leyes de la Tierra ya nada significan. Se suceden varias generaciones que van explorando un planeta tras otro, sin encontrar un mundo habitable, continuando toda una exploración espacial, que parece no tener fin. No hay esperanzas de volver jamás a la madre Tierra... Lo dramático de la aventura no reside en lo desconocido, sino en el propio hombre frente a su forma de ser.

A FORD McConnack, amigo, lógico, experto técnico, hombre inteligente y polifacético, quien parece sentirse como en su casa, tanto en un Universo fantástico de velocidades superlumínicas, como en el escenario de sencillas situaciones de la vida, y a quien estoy profundamente reconocido por algunos conceptos y por todo lo que hay de científicamente exacto en esta fantástica historia.

A. E. VAN VOGT

Capítulo I

POR el raballo del ojo, el joven Lesbee vio a Ganarette subir los escalones que conducían al puente de la astronave. Aquello le produjo un vago malestar. Ganarette, a sus diecinueve años, era un joven fuerte y corpulento, de facciones enérgicas y beligerantes formas. Como el propio Lesbee, había nacido en el interior de la nave. No siendo un oficial, le estaba prohibido subir al puente, lo que justamente desagradaba a Ganarette, por el hecho de considerarse parte de las personas más importantes de la nave. Y a Lesbee le desagradó su intrusión.

Además, Lesbee dejaría el turno de servicio dentro de cinco minutos.

Ganarette subió el último escalón y saltó alegremente, con el mayor desenfado, al suelo acolchado del puente de mando. Normalmente tendría que haber pensado en descender inmediatamente de allí, pero cuando de un vistazo captó el cielo negro, salpicado de estrellas del espacio exterior, se quedó como fascinado y permaneció a una docena de pies de distancia de Lesbee mirando fijamente aquellos incontables millones de estrellas del espacio cósmico. Aquella reacción sorprendió a Lesbee. En realidad no tenía por qué haberse sorprendido tanto; pero en general, la gente que ocupaba la astronave, fuera del personal de

mando, solo observaba el Cosmos del entorno a través de pantallas reducidas.

Aquella vivida realidad presenciada a través del puente amplio de plastiglás, frente a todo un Universo, tenía que causarle un desquiciamiento al que no estaba acostumbrado. Lesbee sentía una vaga sensación de superioridad. A él se le permitía estar en el puente desde su infancia.

Para él, lo que se presenciaba desde allí parecía tan usual y corriente como la propia astronave.

Observó de qué forma Ganarette iba recobrándose de su tremenda sorpresa inicial.

—¡Vaya! —exclamó este último—. Así es la verdad del Universo... ¿Cuál es Centauro?

Un tanto rígido, Lesbee apuntó hacia la estrella más brillante que aparecía perfectamente visible más allá de las líneas de los instrumentos de astrogación. Puesto que no le estaba permitido a nadie, fuera del personal militar, permanecer en el puente, pensó confuso si debía responder a las preguntas del joven intruso. En principio sintió repugnancia por hacerlo, ya que ello podría crear antagonismos inútiles entre el resto del pasaje de la astronave. Como hijo del capitán, él ya era tratado como alguien aparte de los demás. Si un día tenía que asumir el mando de la nave y la suprema autoridad, se vería a sí mismo disminuido en su categoría y en su autoridad.

Por un momento, le vino a la memoria la imagen de sí mismo repitiendo la existencia solitaria de su padre. Y sacudió la cabeza, como queriendo alejar de su pensamiento aquella horrible forma de vivir.

Dentro de pocos minutos, su período de turno por el día presente, terminaría. Y en tal momento, se vería obligado a llevar a Ganarette con gentileza, pero con firmeza y autoridad, escaleras abajo, y dar al joven un aviso amistoso de que no volviera a repetirse lo sucedido. Se dio cuenta de que Ganarette le miraba con una expresión sonriente y cínica.

—No parece muy cerca —comentó con sorna—. Mu-
chacho, tienen que emplear un buen truco para hacer creer
a los colonizadores de que esta nave hará el viaje a la velo-
cidad de la luz, o incluso mayor, para llegar hasta allá en
cuatro años. —Y al finalizar su comentario, el tono de voz
de Ganarette era sinceramente sarcástico.

—Nueve años más —dijo tajante Lesbee— y todos esta-
remos allá.

—¡Sí, claro! —repuso Ganarette más cínico aún—. No
hay más que verlo... Y, a propósito, ¿dónde está la Tierra?

Lesbee le condujo al otro lado del puente de mando, y
hacia un dispositivo visual permanentemente dirigido hacia
el Sol y sus planetas.

Aquella pálida estrella atrajo la atención de Ganarette
durante unos instantes. Cambió la expresión de su rostro,
donde se apreciaba una profunda melancolía. Murmuró al-
go entre dientes y después se dirigió a Lesbee:

—Está tan lejos... tan espantosamente lejos. Si tú y yo
volviéramos ahora hacia atrás, tendríamos cuarenta años al
llegar a la Tierra.

Se volvió de pronto y se aferró a los hombros de Les-
bee.

—¡Piensa en eso! Cuarenta años de edad... La mitad de
nuestra vida perdida; pero todavía con la oportunidad de
saber y gozar algo de la vida. Pero, si volviésemos atrás en
este mismo instante...

Lesbee se libró de la tenaza de los dedos del joven. Se
encontraba realmente confuso y alterado en su más íntimo
ser. Hacía ya más de un año que cosas parecidas corrían de
boca en boca entre los miembros jóvenes de la astronave.
Siempre, desde que su padre había iniciado su ciclo perió-
dico de conferencias ensalzando la importancia de aquel
segundo viaje a Alfa Centauro, los más revoltosos ánimos
de entre la gente joven, se habían calmado.

Pareció que Ganarette se dio cuenta de que su acción
había resultado alocada y fuera de tono. Se echó hacia

atrás, con un gesto de afectada humildad en sus facciones. Pero, una vez más, se volvió satírico.

—Claro que resultaría tonto volver hacia atrás, cuando solo faltan nueve años para llegar hasta Centauro^[1], un simple viaje de dieciocho años de ida y vuelta.

Lesbee no preguntó, ¿volver... para qué? Hacía ya mucho tiempo que la gente de a bordo se había dejado de preguntar por el propósito original del viaje, como algo carente de significación. ¿No estaba el Sol allí, ciertamente, sin ningún cambio aparente? Y, además, estaba la Tierra a donde poder volver. Lesbee sabía que entre la gente joven de la astronave, su padre era considerado como un viejo estúpido que no se atrevía a volverse a echar a la cara a sus compañeros, los hombres de ciencia. El orgullo de aquel viejo estúpido era lo que impulsaba a seguir adelante a una astronave cargada de personas que debían perder inútilmente la duración de sus vidas en el espacio. Lesbee mismo había sentido muchas veces el horror de tal perspectiva, que ahora expresaba claramente Ganarette, y no pudo hacer otra cosa que compartir la condenación que aquella crítica implicaba hacia su propio padre.

Tembloroso, miró su reloj. Se sintió aliviado al comprobar que había terminado su turno, y puso la astronave en piloto automático. Su turno de servicio había terminado. Se volvió, manipuló en los controles y dispositivos, contó las luces de posición, confrontó y comprobó los resultados con los dos físicos del departamento de ingeniería y, como siempre hacía, volvió a recontar las luces y comprobar los demás datos. Todo estaba correctamente en orden.

Durante doce horas, a partir de entonces, la maquinaria electrónica conduciría la astronave. Después, Carson montaría la guardia por seis horas. El primer oficial sería relevado, tras doce horas más, por el segundo oficial, quien, a su vez, sería relevado por Browne, el tercer oficial. Y así, cuando hubieran transcurrido otras doce horas de vuelo automático, le tocaría su propio turno de nuevo.

Así era su vida rutinaria, y así había transcurrido desde que cumplió los catorce años. En realidad, no era ninguna mala vida. Los más altos oficiales de la nave también lo pasaban bien. Pero cada uno de ellos se sentía celoso de su servicio y así lo manifestaban, siempre puntuales. Hacía unos pocos años antes, Browne había sido llevado al puente en una silla de ruedas y cumplido de tal forma su turno de servicio, auxiliado por su hijo, que había permanecido, con su padre enfermo, las seis horas completas de su turno de servicio en el puente de mando.

Tal devoción en aras del deber había sido algo que siempre había confundido a Lesbee y, así, había hecho uno de sus raros esfuerzos para comunicarse con su padre, preguntándole qué motivos habían impulsado a Browne para semejante comportamiento. El viejo le sonrió burlescamente y le explicó:

—Estar de servicio es el símbolo del honor de un oficial; por tanto, no lo consideres nunca a la ligera. Ellos no lo hacen, como tú mismo has visto a Browne demostrarlo. Nosotros somos la clase de mando, hijo mío. Trata a todos esos hombres con profundo respeto, usa siempre sus títulos respectivos y, en recompensa, ellos reconocerán tu categoría. Sean cuales sean los nobles beneficios que acrecienten la vida de esta nave, dependerá de lo bien que sepamos mantener tales detalles.

Lesbee ya había descubierto que algunos de los beneficios consistían en que las chicas más guapas le sonreían, y salían corriendo cuando él les devolvía la sonrisa.

Recordando las sonrisas de una chica en particular, salió por fin de su sueño y comprobó que apenas si tenía el tiempo justo para lavarse, arreglarse un poco y asistir a la proyección de cine que estaba a punto de comenzar.

Se dio cuenta, además, de que Ganarette miraba con atención al reloj instalado en el gran panel de control del puente. El joven se encaró con Lesbee.

—Está bien, John —dijo—, tú también puedes tomar parte. Cinco minutos después de que haya comenzado la proyección, mi grupo tomará la nave por asalto. Tenemos la intención de nombrarte capitán, pero solo a condición de que estés de acuerdo en volver a la Tierra. No heriremos a ninguno de los viejos, siempre que se conduzcan bien. Si intentas avisar a cualquiera, reconsideraremos nuestro plan para que seas el capitán de la nave.

Ignorando el impacto producido por sus palabras en Lesbee, continuó:

—Nuestro problema es hacer las cosas de forma que no se levanten sospechas de ninguna clase. Eso quiere decir que todo el mundo, incluso tú, te comportarás como siempre. ¿Qué es lo que haces normalmente cuando abandonas el puente?

—Pues voy a mi cuarto y me aseo —repuso Lesbee con sinceridad.

Se estaba recobrando de la enorme sorpresa producida por las súbitas manifestaciones de Ganarette. Se dio cuenta de que estaba sumido en un estado de angustia, y que lo que más sentía era una espantosa ansiedad de que aquellos locos imbéciles y alocados revoltosos echaran a perder su propósito para el motín proyectado, y que aquel loco viaje continuara hasta la eternidad. Al comprobar en el fondo su momentánea simpatía con los rebeldes, Lesbee tragó saliva, como si tuviese un nudo en la garganta, sintiéndose repentinamente sumido en la más completa confusión.

Antes de que pudiera recobrase, Ganarette le dijo, con cierta desgana:

—De acuerdo... pero iré contigo.

—Tal vez sería mejor si me fuese a mis habitaciones —dijo Lesbee con cierta duda.

—¿Y poner a tu padre sobre aviso? ¡Ni hablar del asunto!

Lesbee se encontró a disgusto. Estaba, según ya podía comprobar, cayendo en la misma entraña del complot.

Y sentía peligros desconocidos que provenían de tal dirección de conducta. Con todo, se sentía arrastrado, a pesar de todo, a la aventura, y de que algo se había roto en su interior. Y, en un tono de conspiración, dijo a Ganarette:

—Eso sería preferible a hacerle sospechar que estoy contigo. Ya sabes que no le gustas.

—¡Ah, claro! —exclamó Ganarette en son de guerra, aunque de repente pareció sentirse inseguro—. Está bien, iremos derechos al teatro. Pero recuerda lo que te he dicho. Ten cuidado y observa tu propia conducta. Muéstrate tan sorprendido como los demás, pero preparado para tomar el mando de la nave.

E impulsivamente puso la mano en el hombro de Lesbee.

—Tenemos que vencer —dijo—. Por Dios, que tenemos que hacerlo...

Y conforme descendían hasta la sala de proyecciones, unos momentos más tarde, Lesbee sintió que algo le crispaba los músculos de todo su cuerpo, como si algo también le impulsara a la lucha.

Capítulo II

LESBEE tomó asiento en su butaca. Sentado allí, fue dándose cuenta de que el resto de la gente se movía en busca de sus asientos respectivos. Tenía tiempo para la duda, para reconsiderar la inesperada aventura en que se encontraba implicado. Si tenía que hacer algo, mejor hacerlo inmediatamente.

Ganarette, que había estado en el pasillo murmurando algo al oído de otro joven, vino en seguida a sentarse junto a él.

—Exactamente a cinco minutos a partir de este momento, tan pronto como se haya llenado el local. Cuando se cierren las puertas, se apagarán las luces y la película comenzará. Entonces, en la oscuridad, me dirigiré al escenario. En cuanto se enciendan las luces, te reúnes conmigo.

Lesbee afirmó con un gesto de asentimiento, aunque interiormente se sentía desdichado. Hacía unos momentos había experimentado una gran simpatía por la rebeldía; pero entonces se sentía reemplazado por un confuso temor de las consecuencias. No tenía una imagen consciente de lo que pudiera suceder. Le parecía sentir un creciente sentimiento de condenación por todo aquello, que solo le atraería la desgracia.

Sonó un zumbador.

—¡Oye! —le murmuró Ganarette—. La película va a empezar.

El tiempo pasaba inexorable. La presión interna para actuar se hacía más fuerte en Lesbee. Tenía la terrible convicción de que se arruinaría a sí mismo con aquel grupo de nueva autoridad a bordo de la astronave, y que los rebeldes le utilizarían solo para conseguir sus fines, durante los primeros momentos del motín, y que en seguida le descartarían por completo. De repente se dio cuenta de que nada tenía que ganar, sino la victoria de los rebeldes.

En una súbita desesperación, se estremeció en su asiento y miró tenso a su alrededor tratando de ver la forma de escapar de algún modo a aquella situación.

Sus ojos, que estaban acostumbrados a la oscuridad, no tuvieron dificultad en recorrer el teatro de proyecciones. A uno de los lados vio al tercer oficial, Browne, y a su esposa sentados uno junto a otro. El antiguo oficial captó su mirada e hizo un gesto de aprobación.

Lesbee hizo un guiño vago y le envió una sonrisa, volviendo el rostro hacia otra parte. Junto a él, Ganarette le preguntó:

—¿Dónde está Carson?

Fue la aguda mirada de Lesbee quien localizó inmediatamente al primer oficial, Carson, sentado cerca de la última fila de butacas del teatro, y al segundo oficial, que se hallaba en uno de los asientos próximos a la pantalla. De los oficiales más antiguos de la nave, solo el capitán Lesbee era el único que no había llegado todavía. Aquello resultaba algo inquietante, pero el joven Lesbee se aseguró de que el teatro aparecía como en una sesión normal y corriente de proyecciones.

Tres veces por «semana» había una proyección. Tres veces por semana, las ochocientas personas de la nave se reunían en aquella habitación mirando en silencio, admiradas, escenas de la lejana Tierra que aparecía sobre la pantalla. Rara vez nadie se perdía cualquiera de aquellas pro-

yecciones. Su padre llegaría seguramente de un momento a otro.

Lesbee se preparó a sí mismo ante lo inevitable que se produciría de lo que iba a ocurrir. Sobre la pantalla relampagueó una luz, surgiendo entonces un murmullo musical. Una voz decía algo relativo a «un importante juicio», y después aparecían diversas imágenes con palabras impresas y una lista de expertos técnicos. En aquel momento, la inquieta mirada de Lesbee volvió a fijarse en el asiento reservado a su padre.

Aún continuaba vacío.

La sorpresa que le produjo fue algo fuera de lo común.

Era un tremendo impacto mezclado con la inminente sensación de un desastre, la súbita y terrible convicción de que su padre tenía ya conocimiento de la conjura.

Sintió entonces su primera decepción. Fue un sentimiento de amarga emoción, la comprobación de que el viaje aquel continuaría. Sus propios sentimientos le produjeron sorpresa. Hasta entonces no había comprobado de qué forma tan arraigada sentía en su interior la intensidad de la frustración a bordo de aquella nave, siete mil ochocientos días alejada de la Tierra. Se volvió en silencio hacia Ganarette, por haber llevado tan mal aquella revuelta. Con los labios entreabiertos, vaciló aún. Si la rebelión estaba destinada al fracaso, no haría la menor indicación en tal sentido. Con un suspiro, volvió a dejarse retrepar en su asiento. Pasó la irritación interior que sentía, así como desaparecía también su desaliento. Erguido en su lugar, aceptó en un instante el hado inevitable de su futuro.

Sobré la pantalla alguien aparecía ante un jurado, diciendo:

—«... el crimen de este hombre es la traición. Las leyes de la Tierra no se detienen pasada la estratosfera, ni en la Luna o el planeta Marte...».

De nuevo la escena fue incapaz de retener fija la atención de Lesbee. Su aguda mirada volvió hacia el lugar del

asiento destinado al capitán Lesbee, su padre. Un suspiro se escapó de sus labios, al observar cómo el anciano estaba a punto de ocupar su asiento. Seguramente no tenía el menor conocimiento del motín y la conspiración que se había fraguado. Su llegada tardía a la representación era un accidente sin importancia alguna.

Dentro de pocos segundos las luces se encenderían y los jóvenes rebeldes tomarían la nave por asalto. De forma curiosa, entonces que no tenía ya opción para hacer nada, estuvo en condiciones por primera vez de prestar atención a la película. Era como si su mente estuviese ansiosa de escapar de aquel sentido de culpabilidad que comenzaba a tomar forma dentro de su ser. Miró hacia el exterior, más bien que dentro de su propia mente.

La escena representaba un tribunal en funciones. Un hombre joven y pálido permanecía de pie frente a un juez vestido con su negra toga. El juez decía en aquel momento:

—¿Tiene usted algo que alegar en su propia defensa, antes de que la sentencia sea pronunciada?

La respuesta surgió temblorosa y vacilante.

—Nada, señor... excepto que estábamos tan lejos... Parecía como si no tuviéramos nada en común con la Tierra, ninguna relación con ella. Después de siete años, parecía imposible que sus leyes tuviesen ningún significado.

A Lesbee le sorprendió el silencio mortal que reinaba en la sala, y que la rebelión fuese pospuesta ya en algunos minutos. Y fue entonces cuando oyó las palabras finales del juez. Aquel juez, en tan remoto lugar de la Tierra perdida en el espacio como una mota de polvo, decía con gravedad:

—«No tengo otra alternativa sino condenarle a muerte, por el delito de motín».

Horas después, cuando Lesbee se dirigió hacia la sala de proyecciones, saludó a alguien.

—Hola, míster Jonathan —dijo al hombre de mediana edad, delgado y formal en su aspecto que se encontraba ocupado en empaquetar la película.

Jonathan repuso cortésmente al saludo del joven Lesbee. Pero su rostro mostró el asombro de que el hijo del capitán hubiera ido, en apariencia, a buscarle allí. Su expresión fue una advertencia para Lesbee de que no debería descuidar absolutamente a nadie de cuantas personas ocupaban la nave, por poco importantes que pareciesen.

—Es algo curioso lo sucedido en esa película en sus principios —comentó, sin darle importancia a la observación.

—Sí. —Las cajas metálicas de los rollos de película estaban ya encerradas en su envoltura de seguridad—. Me sorprendió bastante que su papá me telefonease pidiéndome que la proyectara. Es algo muy antiguo, ya sabe usted. Desde los primeros tiempos de los viajes interplanetarios.

Lesbee no tuvo seguridad en lo que iba a decir. En su lugar, hizo un gesto de asentimiento, pretendió inspeccionar la sala y se marchó después, sin ver apenas por dónde iba.

Durante una hora deambuló por la nave y, gradualmente, se formó un propósito coherente en su cabeza. Era preciso que viese a su padre.

Y aquello se debía a que no había hablado con su padre, excepto con monosílabos, desde el fallecimiento de su madre.